

# Contra la naturaleza

Aquí está lo que sobra:  
una dulce carroña para buitres  
en medio de este campo.

Antonio Gala, *Meditación en Queronea*.

Existe sin esfuerzo,  
tiende hacia el norte sin esfuerzo,  
pervive a pesar de todo.  
No tiene importancia.  
En nada comparable al bello galope de un jinete  
en el atardecer.  
Suenan el caballo.  
Atardece el sol sin darle importancia.  
El caballo suda pesadamente su esfuerzo,  
el sol late en su distancia, rojo tras las montañas.  
Una luz tenue acaba por apagarlo todo.  
El jinete, cubierto su rostro por una capa azul,  
lucha contra el destino:  
su amada aguarda tras la llanura.  
El tiempo transcurre de la manera más inocua,  
sin lucha;  
al tiempo le da igual que su tiempo se detenga.  
Existe sin esfuerzo, tiende hacia el norte.  
Una lágrima resbala hacia el sur de la mejilla del  
jinete.  
La noche caerá y, cerrada sobre sí,  
serán cerradas las puertas de la fortaleza.  
Fustiga la montura.  
Esfuerzo.  
Ni un instante para tan bello atardecer.  
El orden perfecto reina en la llanura.  
Quien no tiene futuro lucha denodadamente.  
La hierba amortigua el choque de los cascos.  
Una lágrima hacia el sur en la mejilla del jinete,  
una lágrima hacia el sur en la mejilla del caballo.  
Pronto romperán sus corazones.  
Esfuerzo.  
La montura reventada, muerta, el jinete, desespe-  
rado.  
Todo los animales tienen su cementerio en el sur.  
Inicia su vuelo, loco, contra la naturaleza,  
contra lo que existe sin esfuerzo  
y es arrebatadoramente bello,

organizado en torno a un orden no escrito y sincero,  
él, una vida de lucha.  
La brisa no tiene mérito,  
la tarde no tiene trascendencia,  
la sangre fluye por sus venas y a nadie ha solicitado  
permiso,  
le importa poco cesar y desaparecer.  
Tarea hartó complicada la venganza.  
Requiere esfuerzo.  
Arma su conciencia el jinete;  
contra la naturaleza, contra lo que sólo es  
y para lo que no existe muerte  
porque da igual.  
El viento  
extraño fenómeno de la naturaleza, invisible,  
la lucha contra él es compleja.  
Tiene tamaño, brisa, huracán,  
no depende de nada,  
cualquier viento es siempre hacia el norte.  
El dolor que causa  
es siempre hacia el sur.  
Llanura sembrada de columnas  
impiden su libre camino.  
Compleja lucha.  
Torres hacia el sur  
en los sótanos el sudor de quienes las erigieron  
abonados los cimientos  
con sus cuerpos muertos, putrefactos.  
El jinete las supera sin dificultad.  
No repara en las sombras alargadas  
que en la tarde roja arrojan.  
Se da cuenta, regresa:  
no son torres, son gigantes.  
Extraño ser el gigante.  
Obra de hombre hacia el sur la piedra,  
obra de la naturaleza hacia el norte la sombra.  
Conviven indivisiblemente.  
Para destruir a una es necesario matar a la otra.

Embiste el jinete con todo el coraje de su estirpe  
en la punta del caballo.  
No son torres, son gigantes.  
Piedra a piedra  
desmonta gigantes,  
es obra de cien años y cien noches,  
el caballo pasta en la pradera cercana.  
Contra las sombras  
ni una sombra más sin esfuerzo,  
continúa el camino hacia el lugar que alberga a su  
amada,  
cubre su rostro con una capa azul.  
Comienza la lluvia.  
Comienza la lucha contra la lluvia  
que cae despacio hacia el norte de la hierba  
la humedece, la traspasa la santifica.  
Tiene tamaño la lluvia, llovizna, tormenta.  
Gotas de agua en la cara del jinete  
clavan dolor más allá de la piel, cansada,  
se unen en destino a las lágrimas que allí viven  
iguales en su constitución,  
distintas en su significado:  
no importan las de la lluvia,  
viven sin percepción de su motivo, casi carecen de él,  
muy importantes las lágrimas,  
brotan desde los más hondo del esfuerzo  
tras una vida arrancada al sufrimiento.  
Compleja la lucha contra la lluvia.  
Sólo las construcciones apaciguan su poder  
piedra a piedra el jinete construye refugios en los  
que contener  
la desidia de lo que existe y malgasta su presencia.  
Una a una llora cada piedra que apila  
monta gigantes,  
es obra de cien años y cien noches,  
el caballo pasta en la pradera cercana.  
Lágrimas construidas de amor yacen, heladas,  
en las mejillas del jinete.  
El amor es siempre sur,  
el sur salvaje que exige atención continua;  
si se olvida un momento, desaparece para siempre  
y su reconquista se torna la tarea mas intrincada  
de la tierra,  
Hubo hombres que olvidaron su existencia un solo  
instante.

El amor los abandonó,  
exilió su cuerpo de los cuerpos de quienes le habían  
deshonrado,  
no regresó jamás.  
Jamás quiere decir nunca,  
en ningún tiempo, de ninguna manera posible,  
el amor los abandonó incluso después de sus muertes.  
Vagaron almas por la eternidad carentes de dulzura,  
tacto, contacto;  
amar es el roce de los extremos de las almas sin cuerpo,  
la ternura de la contigüidad, mínima, esencial.  
Y el abandono del amor es muy doloroso,  
para muchos el alejamiento total de la bondad,  
el verdadero infierno, la auténtica muerte final.  
El jinete helaba lágrimas de amor en su rostro,  
petrificaba su significado,  
no podía descansar un instante y permitir  
que todo lo que había construido  
en el amor tras una vida de tormento,  
desapareciera tan rápido que resultase indigno.  
Amaba las lágrimas, la capa azul, amaba su caballo,  
amaba los gigantes que construía y destruía en el  
esfuerzo de su tránsito,  
amaba, sobre todo, a su amada,  
a su amada en el final del viaje.  
Amada dentro de la fortaleza que, piedra a piedra,  
había levantado para ella hija del esfuerzo.  
Fortaleza al sur  
llamada patria,  
amor.  
Esfuerzo continuo exige mantenimiento,  
si se deja de pensar en ella,  
si por un instante se olvida,  
desaparece la patria.  
Las piedras que la construyen,  
el amor que la sostiene,  
son presa de la naturaleza;  
los árboles y el viento aprehenden la patria  
para no devolverla jamás.  
Hubo hombres que olvidaron la existencia del amor  
un solo instante.  
El jinete fue el último de ellos.  
Durmió un sueño ligero y después nada.  
Halló la fortaleza tomada por la naturaleza

el aire dueño de sus entrañas  
desiertas de hombres y mujeres las estancias  
huidos para siempre,  
sin retorno posible.

Amada huida  
fundida con la naturaleza,  
ya no es amor  
es lo que pervive sin esfuerzo.  
No está en un sitio concreto,  
reside en todo a la vez:  
en el aire que invade los pulmones del jinete,  
en la piedra que le rodea,  
en las lágrimas heladas en su rostro.  
La amada es ahora algo parecido a Dios,

existe sin esfuerzo,  
sin darle importancia a su presencia,  
carece de interés,  
no tiende hacia el sur.  
El jinete, desnudo ya  
de capa, de lágrimas, de caballo,  
solo frente a las ruinas de su amor.  
Queda la carroña, la naturaleza.  
Se olvida a sí mismo y avanza,  
se interna en la animalidad  
y desaparece.

*4 de julio de 1997,  
día de la llegada de la nave Mars Pahtfinder a Marte.*



Dibujo: José Díaz Pardo